



Los Angeles

Calif.



## ARTA MENSUAL

*Dedicado a problemas espirituales y filosóficos -- by Manly P. Hall*

---

1 Abril, 1936

Querido Amigo:

*PREGUNTA — Algunos Profesores de la metafísica prometen que, a través del estudio de sus filosofías, los estudiantes pueden evadir los efectos de ciertas leyes naturales como la Reencarnación y el Karma; otros Profesores de la metafísica prometen milagros de salud y prosperidad a sus seguidores; y aun otros aseguran a sus discípulos protección espiritual y material contra los males de la vida. Por favor clarifique la relación entre los códigos de la acción espiritual y las recompensas materiales que surgen de dichas acciones.*

*RESPUESTA — Como hemos explicado en previas cartas de esta serie, el campo de la metafísica popular es un campo de batalla de-ismos competitivos. No hay código para jugar limpio entre los comerciantes de la pseudo-religión. Las membresías se construyen sobre la política de captar a la máxima cantidad posible. Todo es justo en el amor, guerra y la metafísica. Muchos cultos indudablemente parten hacia un curso de alta intención y propósitos nobles, pero las ideas detrás de estos movimientos no son lo suficientemente grandes o sustanciales como para atraer a una audiencia general o amplia aceptación. Es precisamente cuando se enfrentan con semejante problemas que los movimientos de metafísica frecuentemente sacrifican la integridad sobre el altar del éxito. Una vez fue observado por un prominente hombre de negocios que conlleva una gran cantidad de publicidad vender un producto inferior, y casi todos los productos que si publicitan excesivamente son inferiores.*

*En los movimientos de metafísica, se pueden identificar dos distintos tipos de organizaciones fácilmente. El primer tipo es relativamente sano y sensato, que publicita de manera modesta y mantiene su membresía unida por el valor de la instrucción impartida y no mediante extravagantes declaraciones erróneas de hechos. El otro tipo de culto sigue una política de negocios incluso más descarada que la del comerciante de fármacos patentados de años atrás. Los mismos métodos comerciales de tales organizaciones deberían condenarlos para personas de mentalidad razonable, pero infortunadamente en asuntos religiosos pocas personas son de mentalidad razonable. El hombre de negocios no espera milagros, pero el metafísico siempre está deseando lo imposible.*

*La farsa y las promesas elaboradas siempre van de las manos. La farsa generalmente sigue las líneas de menor resistencia. Casi todas las personas quieren ser bellas. En este departamento la metafísica y la cosmética comparten el mismo botín. Casi todos quieren tener una personalidad dominante, poderosa y magnética. Casi todos desean ser ciudadanos de distinción en su comunidad. El pobre desea dinero, los que disfrutan de comodidad moderada desean riqueza, y los ricos desean más riquezas. Los enfermos quieren estar bien, los débiles, tullidos y ciegos quieren que los alivien de sus enfermedades. Estos deseos en su*

conjunto son tierra fértil para un individuo con un instinto de explotación. Se puede considerar que el cincuenta por ciento de la población de este país es pobre, y la pobreza es algo terrible bajo un sistema económico que reserva prácticamente todas las oportunidades para personas pudientes. No es baja la proporción de la población que se puede considerar que sufren de alguna forma de poca salud, sea esta real o imaginaria. Agregue a esto el hecho espiritual de que casi toda persona viviente tiene una mala conciencia, y así se puede obtener una idea de la magnitud del problema bajo consideración.

Naturalmente, no todos los que están insatisfechos y enfermos están al alcance del metafísico cautivante. Millones de personas están atrincheradas detrás de las almenas de las varias religiones ortodoxas organizadas, donde, incidentalmente, buen número de ellos les va mejor. Otro grupo considerablemente más pequeño está seguro detrás de una conciencia de materialismo impregnable, una posición protegida sino incómoda. Sin embargo, considerando los registros que se han conservado, se puede decir con certeza que hay entre diez y veinte millones de personas en América que pertenecen a lo que se podría llamar un estrato de amplitud mental. Estas personas, la mayor parte de ellas bien intencionadas, pero en su mayoría completamente ignorantes de los hechos de la vida, son impuestas año tras año y engañadas una y otra vez, desperdiciando tiempo y dinero en creencias y doctrinas insignificantes y fraudulentas.

Pero si el fraude prevalece y siega una cosecha dorada, toda la culpa no recae sobre el fraude. Una persona lo suficientemente estúpida para dejarse engañar, y que espera con los fondos en mano a que una personalidad fantástica aparezca y la desplume, ciertamente es cómplice en el delito. Las personas fundamentalmente honestas, en asuntos materiales tanto como en espirituales, no son fácilmente engañadas. Es la sucesión de deshonestidad en la naturaleza humana que hace que el fraude sea rentable. Las personas que desean algo que no se han ganado, casi seguro fracasarán en sus esfuerzos para conseguirlo. Es la estupidez y la avaricia de millones de personas que sostiene la corrupción en todos los departamentos de

la sociedad, y la religión no puede permanecer pura e inmaculada mientras los hombres que forman la creencia son en sí corruptos.

Muchos metafísicos se han acercado a mí con historias de aflicción, de como sólo querían el Elixir de la Vida, la Piedra Filosofal, y el secreto de la riqueza eterna; que se les había prometido en diez lecciones fáciles al monto ridículamente bajo de veinticinco dólares, y que habían sido viciosamente engañados por un hombre ruin que no pudo "entregar las mercancías". La situación es extremadamente ridícula a no ser que seas la víctima, en cuyo caso es un desastre nefasto. Aunque es probablemente cierto que el "místico" impostor debería estar entre rejas, también ES cierto que las personas que son engañadas por semejante insensatez las deberían igualmente mantener en un lugar seguro.

Si algún hombre te dice que él puede parar las operaciones de la Reencarnación y el Karma, sugiérele que primero te haga una demostración práctica de su habilidad deteniendo el movimiento del sol, o como Canuto el Danés, sentarlo en las orillas del mar y ordenarlo a cambiar la marea. La ley universal es tan inmutable como las estaciones, tan inevitable como el curso de las estrellas, y ningún maestro metafísico podrá alterar estos inevitables en diez lecciones, ni en diez mil lecciones. La ley de causa y efecto es tan inevitable como el día y la noche, tan cierta como la marea, y tan constante como las edades. Esta ley establece que segarás lo que cosechas. Lo que te has ganado, llegará a ti, lo que no te has ganado, nunca será tuyo, y ni dios ni el hombre puede alterar la naturaleza de estos hechos. Las leyes universales son inevitables y la custodia del universo nunca es encargada, ni por un momento, al profeta, sea este falso o verdadero.

No existe una enseñanza más peligrosa que la de la dispensación especial o los privilegios especiales. No existen tales cosas en el universo y quien alegue ser capaz de administrarlas o se está autoengañando o es fraudulento. Si existe una sola cosa constante en el universo, es la ley. Esta ley es la esperanza de los sabios, la

roca firme sobre la cual los informados erigen su filosofía de vida. Fatal es el día para el buscador de la verdad en que él permita que un pseudo-mahatma lo encamine fuera de la conciencia de la integridad universal.

Ahora consideremos algo acerca de la verdad de la situación. ¿Cuáles son los resultados materiales de una vida dedicada a un código de acción espiritual? Por supuesto, ahora nos referimos a una vida. Esto no quiere decir varias semanas de instrucción o diez lecciones simples. Quiere decir precisamente lo que las mismas palabras significan — una vida, año tras año viviendo de manera honesta e inteligente. Un hombre no se espiritualiza por leer libros, o por estudiar con algún profesor famoso, incluso si es un maestro fidedigno. Él no es espiritual porque conoce a personas espirituales, o porque recita varios tópicos durante las mañanas y tardes, o porque entra en el silencio, o porque reza una fórmula, o porque canta en Sánscrito, o porque paga sus cuotas a una organización metafísica, o porque ha sido “iniciado” en algún culto místico. Él es una persona espiritual únicamente porque año tras año vive una vida espiritual y filosófica. Hay un antiguo refrán común entre los clérigos de que los parroquianos quieren llegar al cielo aferrándose de los faldones del clero, y hay una gran cantidad de gente que creen que su salvación espiritual está solucionada porque se han unido a una organización con una perspectiva avanzada, o porque creen en la Reencarnación y el Karma, o porque aman a los animales. Algunos piensan que solucionan su salvación eterna mediante la dieta. Otros hacen un gran esfuerzo en respirar hasta llegar a un estado divino. Otros utilizan paquetes de algunas hierbas recolectadas por un “mahatma”, en la cima de los Himalayas, vendidas a un dólar por paquete a los creyentes. La religión no es un elaborado proceso de ejercicios o afirmaciones mecánicas. No es algo que te frotes sobre la piel. Es algo que vives día a día. La religión es el mejoramiento del ser mediante un curso constante de disciplina, llamado la vida filosófica. No es el algo sobre el cual se habla, sino que se vive; no es algo sobre el cual afirmar, sino que se practica. Hemos heredado los grandes sistemas metafísicos del pasado en una condición fragmentaria debido a los siglos

de desgracia teológica que casi destruyen la filosofía clásica. Pitágoras y Platón fueron metafísicos, también lo fueron Buda y Confucio, pero sus sistemas metafísicos tienen poco en común con el estilo popular. La escuela de Pitágoras produjo más de ciento-cincuenta grandes filósofos, hombres que conquistaron la vida física y se alzaron sublimemente sobre las limitaciones e ilusiones de la carne.

Para comenzar, la metafísica, en efecto, no es una creencia popular. Es un sistema de pensamiento apropiado únicamente para mentes altamente organizadas y altamente entrenadas. Cuando la ama de casa desea convertirse en una metafísica, ella debe darse cuenta de que está procurando el estudio de algo que ha desafiado la capacidad de los intelectos más organizados del mundo. Ella debe abordar el tema lentamente, dispuesta a darle mínimo cinco o diez años de fundamentación antes de tratar de lanzar su intelecto indisciplinado hacia el vasto océano de conocimiento. La metafísica es para los pensadores, y cuando personas irreflexivas toman el tema, ahí viene el diluvio. Esto podría hacer que todo el tema parezca muy difícil e imposible y sea un gran desánimo para los optimistas, pero mucho mejor que sean desalentados en el comienzo que desilusionados luego, después de años de esfuerzo sincero y malgastado. Mientras que los ciegos conduzcan a los ciegos en las ciencias espirituales, las grandes verdades de la naturaleza solo aparecen en formas distorsionadas y antinaturales.

Estudiar la metafísica con la esperanza de curar un dolor de estómago, o alcanzar la conciencia cósmica, o incrementar tus ingresos, es ser culpable de sacrilegio, como mínimo, o posiblemente mejor, de absurdidad y desvergüenza. Es peor que atar a los dioses a la muela de la codicia. El problema con la metafísica moderna es que la mayoría de los supuestos metafísicos no tienen ni la mínima idea o de la sustancia o su dimensión. Un símil adecuado es difícil. Podríamos decir que la metafísica es una vasta estructura, un noble templo, cuyos cimientos se encuentran en la base del universo y el vasto arco del mismo cielo su único techo. Las edades han perseguido la verdad. Cientos de miles de personas han vivido para

alcanzarla y millones han muerto por ella. Héroes, mártires, sabios, santos y profetas, salvadores mundiales y semidioses de edades caídas en el olvido, son los sacerdotes de esta gran casa. Aquel que pretende acercarse al portal de este santuario ha de hacerlo únicamente desde la reverencia. La senda antigua que conduce a él ha sido desgastada por las pisadas de incontables multitudes, y el metafísico moderno de hoy día es tan incapaz de percibir ni siquiera vagamente la inmensidad y santidad de esta ciencia, que confunde este programa divino con un club de almuerzo para la cooperativa de hombres de negocio, o una clínica local.

La Sabiduría Antigua no le ofrece nada al discípulo de la Gran Obra sino la oportunidad de superarse mediante un programa consistente de esfuerzo inteligentemente dirigido. En el Oriente, el disciplinado es una disciplina sin recompensas ni promesas. Ningún individuo está preparado para una vida religiosa o filosófica mientras éste tenga que ser inducido al proceso de ser bueno por medio de promesas de recompensas materiales. Los hombres sabios no estudian la filosofía para permanecer jóvenes eternamente, sino para envejecer sabiamente. Ningún hombre estudia las enseñanzas de la Sabiduría Antigua con miras a incrementar su propia riqueza, porque la filosofía, si algo, probablemente lo separará de lo que actualmente tiene. La filosofía no enriquece al hombre en sus posesiones externas, sino en conciencia interna. La filosofía acumula tesoros en el interior, donde los ladrones no pueden robar ni el tiempo corromper. Jesús no enseñó una doctrina de riqueza y prosperidad. Él le ordenó a quienes querían ser sus discípulos que abandonaran lo que tenían y que fueran con él. Está escrito del Maestro Cristiano que los zorros tenían agujeros y los pájaros nidos; pero el Hijo del Hombre no tenía donde reclinar la cabeza. Buda abandonó las riquezas y recorrió las calles de la India con su escudilla. Mahoma sacrificó una fortuna y se convirtió en un vagabundo perseguido sin leña para fuego o suficiente comida para comer. Tejía sus propias vestimentas y cosía sus propios zapatos.

El filósofo vive para dar a los otros, y para darle alegría a los otros, y para servir a los otros, reteniendo menos

y menos para el mismo. ¡Que distinta es esta gloriosa visión impersonal de la imagen distorsionada de cientos de personas insensatas que escuchan frenéticamente los tópicos metafísicos, en la esperanza de que esta escucha les sumará unos cuantos dólares a sus ingresos! Todo este panorama está mal. Las palabras de los grandes son desvirtuadas. Profesores fraudulentos tratan de representar a Jesús enseñando una doctrina de prosperidad, los santos orientales invitando a los tontos al Nirvana. La ley y los profetas son desvirtuados en un esfuerzo de hacerlos justificar la insensata creencia que Dios quiere que todos los hombres sean saludables, felices y ricos, tanto si viven bien o no. En efecto, el universo no tiene ningún interés particular en la felicidad del hombre, como tampoco el hombre se conmueve profundamente por el estado de bienestar o malestar que pueda existir en una colmena u hormiguero. En la naturaleza el hombre es simplemente un bípedo problemático, de tendencias sensiblemente destructivas, viviendo del esfuerzo y de la vida de los otros.

Para ser feliz, el hombre ha de vivir bien. Él debe ser honesto en este mundo, honesto hacia sí mismo, y consciente del propósito de su propia existencia. Si el hombre guarda las leyes de la vida, de manera inteligente y noble, y utiliza su mente para la perfección de su naturaleza interna y para asistir a los demás, obtiene el derecho a una cantidad de felicidad razonable. De hecho, si él hace estas cosas, él está feliz y no está dedicando su tiempo buscando soluciones perogrullas para sus imperfecciones. El mismo principio le aplica al problema de la riqueza. La naturaleza no ha decretado ni el universo predestinado que el hombre sea ser rico; en efecto, toda esta teoría de riqueza es de fabricación humana, puesto que la naturaleza acumula lo que necesita y el hombre lo que no necesita. Si la ley del Karma le otorga riqueza a un individuo, esto se convierte en un problema de oportunidad y responsabilidad. Los profetas de antaño y los grandes Maestros Mundiales ciertamente eran demasiados sabios como para abogar por un programa de riqueza mundial. La riqueza es la responsabilidad con más peso que un individuo tiene que cargar en este mundo, y la decisión correcta concerniente a su uso es una de las

mayores causas de Karma. Es una tentación constante y ata al individuo a una serie de responsabilidades y decisiones. Consume una vasta cantidad de tiempo y deja la mente confundida y cansada e incapaz de estudio filosófico. Por lo tanto, su posesión ciertamente no es un requisito fundamental de la metafísica. Quienes se la han ganado para esta vida, por la ley del Karma, la tienen. Tanto si continúan teniendo o no después de esta vida, depende del uso que ellos le den. Como Buda sabiamente observó, el uso indebido de la riqueza inevitablemente produce la pobreza en la vida futura.

La verdadera metafísica se centra en verdades universales, en la vida divina del hombre que se extiende mucho más allá de esta esfera mortal. La verdadera metafísica es la vida bajo ley, el hombre fluyendo a través del universo sobre las corrientes de la ley divina como un barco siendo movido por las grandes corrientes del océano. El hombre sabio no desea escapar de la ley, sino que aspira a lograr una perfecta armonía con ella. Existe una bella opinión en las palabras de Confucio relacionada a este misterio. "Los peces," dijo el sabio chino, "nacen en el agua. El hombre nace en la ley. Si los peces encuentran un pozo, prosperan; si un hombre vive en la ley, puede vivir su vida en paz." Cualquier profesor de metafísica, por consiguiente, que desee tentar la mente del hombre para que abandone la aceptación de aquellos principios universales que sustentan el mundo, son culpables de la promulgación de falsas doctrinas.

La metafísica, como todas las grandes ramas de conocimiento, tiene su propia tradición y su propia descendencia a través de una secuencia de maestros iluminados. Las grandes doctrinas de la metafísica están todas minuciosamente establecidas, y ningún cambio o reforma importante de sus principios es probable o posible. Los metafísicos de hoy día no son más sabios que Lao Tze, más capaces que Platón, o más profundos que Sankaracharya. Aquel que quiera intentar una reforma de la sabiduría de las edades cuando no puede reformar la insensatez y el error de la generación actual es, sin dudas, un insensato. Un estudiante que desea establecer una base firme en los principios de la metafísica no puede hacer

nada mejor que integrar en su vida los siete requisitos de la perfección establecidos por los iniciados filósofos de la India. La declaración de los siete requisitos se encuentra bajo el título colectivo de los PARAMITAS. Estas son las reglas y regulaciones de la conducta personal indispensables para la vida mística y filosófica. Se encuentran tres diferentes órdenes de PARAMITAS en diferentes enseñanzas, surgiendo de la misma raíz. En un orden hay seis regulaciones, en otro diez, pero el orden de siete presenta más claramente las virtudes requeridas que deben preceder a la iluminación en cualquier sistema filosófico legítimo.

Los siete PARAMITAS son los siguientes:

1. DANA, que significa caridad, una palabra que infiere toda la filosofía de dar, servir, y compartir. Sin la caridad, no puede haber virtud, sin la virtud, no puede haber sabiduría, y sin la sabiduría no puede haber vida interna. DANA es, por consiguiente, la administración de relaciones sociales, la superación del error del deseo de poseer, el deseo verdadero y honesto de servir las necesidades del ser humano. La caridad no es sólo en cosas físicas sino también en pensamientos y opiniones. No hemos de dar solo de lo que tenemos, sino también de lo que somos. La caridad es la superación de los prejuicios, el establecimiento de la realización del propósito común, la necesidad común, y el bien común. Esto puede parecer bastante remoto de la doctrina metafísica, pero todo desarrollo interno debe ser influenciado en un grado considerable por los conceptos y actitudes de la vida externa.

2. SHILA. Esta palabra se interpreta de diversas maneras como armonía, obediencia, o el mantenimiento de los preceptos, es decir, las varias regulaciones de la conducta virtuosa. La armonía es paz interna que surge como producto de la conciencia, de la obediencia a las leyes de la vida, y del mantenimiento de los preceptos filosóficos. La armonía es el embellecimiento de la acción, la invocación de un estado de ánimo enteramente constructivo y cooperativo. El pensamiento puede ser resumido por la declaración occidental: aquel que viva la vida, conocerá la doctrina. Sin armonía no puede

haber sensibilidad a las realizaciones súper-físicas. Sin obediencia no puede haber organización de la vida según un patrón apropiado para el alcance del entendimiento filosófico. Mantener los preceptos significa obedecer las leyes de la vida, puesto que ningún hombre puede enfierecer los dictados universales y a la vez ser capaz de entender los secretos de la vida.

3. *KSHANTI*. Este podrá ser interpretado como perseverancia o paciencia. La perseverancia es la continuidad del esfuerzo, la continuación del esmero por un largo periodo de tiempo. La metafísica no es una ciencia que se domina fácilmente. Años y vidas han de ser dedicados en un esfuerzo ininterrumpido si queréis finalmente alcanzar el gran objetivo. La paciencia es la voluntad de esperar y sin paciencia el largo proceso de la perseverancia no puede ser finalmente consumado. La paciencia no sólo es la voluntad de esperar, es indiferencia en un sentido al elemento tiempo en la consecución. Uno ha de olvidar sus esperanzas de iluminación dentro de seis meses o seis años o sesenta años, continuar sinceramente en su esfuerzo y tomar conciencia que la recompensa llegará a su debido momento. El funcionamiento de la naturaleza no han de ser acelerado por ningún esfuerzo desesperado por lograr todo aquí y ahora. Sin la paciencia no puede haber Iluminación, no puede haber consumación del esfuerzo. La metafísica es la forma de conocimiento humano más profunda y las recompensas del esfuerzo en esta dirección no deberían ser concebidas como inminentes. El hombre nunca debería esperar la Iluminación metafísica hasta que se haya perfeccionado en todos los departamentos del vivir y del pensamiento.

4. *VIRAG*. Este se interpreta como la alta indiferencia, el desapego, la habilidad de liberarse a sí mismo del vigor de los sentidos, de toda inmoderación de aspiración o ambición, sí, incluso de la esperanza del resultado o recompensa del esfuerzo. Obedecer la ley por ser un fin en sí mismo, vivir noblemente porque es la manera noble de vivir, hacer todas las cosas bien sin esperanza de recompensa o miedo de pérdida, indiferencia hacia la vida, hacia el tiempo, hacia las personas y hacia las cosas — una completa liberación del estrés del esmero — las esperanzas del éxito, miedo al fracaso — todas disipadas mediante una tranquilidad interna sustentadora. La

indiferencia filosófica no es la clase que descuidan las responsabilidades, sino que hace todas las cosas bien, al mismo tiempo no permite que el acto de hacer o que las cosas hechas perturben la tranquilidad del sentido interno.

5. *VIRYA*. Este puede ser interpretado o como el esfuerzo correctamente dirigido, o coraje sabiamente administrado. Realmente el pensamiento es esfuerzo o el esmero sin esfuerzo — una distinción metafísica oriental sutil. Al hacer las cosas, el acto se lleva a cabo sutilmente y con delicadeza. Todo el coraje se dirige hacia la superación de los obstáculos entre el presente estado y la Iluminación final, el coraje de renunciar todas las cosas inferiores en favor de la causa de las cosas mayores, el coraje de enfrentar el peligro, ser ridiculizado, criticado e incluso el martirio con perfecto aplomo, la mente fijada en el objetivo último. El esmero, en el pensamiento oriental, no es un correr desesperado o un jadeo tras el poder. Es una ligera pero inevitable fuerza, que nunca reconoce la derrota, moviéndose lenta y confiadamente, bella y virtuosamente hacia la iluminación.

6. *DHYANA*. Este es contemplación, meditación, la visualización interna del objetivo del esfuerzo, la retirada de lo objetivo hacia lo subjetivo. En este punto las disciplinas se tornan esotéricas. Dhyana es la unión subjetiva del hombre con la Ley. A través de su práctica, el individuo se combina con los universales. El verdadero significado del proceso meditativo no es con frecuencia comprensibles para los que todavía no hayan meticulosamente practicado los Paramitas precedentes. Dhyana es el practicar de la vida íntima, la realización silenciosa mediante la cual el hombre finalmente es instruido en las grandes verdades universales, por estas mismísimas verdades, que fluyen hacia él y lo llenan de la Ley misma.

7. *PRAJNA*. Este es el último de los PARAMITAS y se interpreta de modos diversos como sabiduría o la capacidad de percepción subjetiva. Este consume el proceso y a través de la práctica de Prajna, en el sentido de las eternas verdades de ser, se alcanza finalmente la sabiduría. La búsqueda acaba en la verdad y en la Ley. La individualidad se sumerge, la personalidad se elimina como un factor filosófico. Únicamente la universalidad continúa.

*Los PARAMITAS empiezan en la simple y física virtud, y acaba en el logro metafísico trascendente.*

*El esquema anterior, aunque está sujeto a pequeñas variaciones en diferentes sistemas metafísicos, es la fórmula inevitable en todas las escuelas metafísicas o místicas sinceras y honestas. Ninguna de las grandes Escuelas de los Misterios jamás ha prometido poder, iluminación, o seguridad hasta después que el individuo haya perfeccionado las virtudes dentro de sí mismo. Es preciso dejar claro que un grupo de personas congregadas de todas las partes de la comunidad, sin hacer ningún esfuerzo para discriminar entre sus varios niveles de falta de desarrollo, nunca se les puede prometer ninguna ventaja espiritual por ningún profesor de la metafísica u organización. La metafísica es una fórmula química interna, una fórmula químico-filosófica, basada en el principio: cuan mejor seamos, más podremos saber. Si no somos nada por sí mismos, es humanamente imposible que cualquier ser, humano o divino, nos inculque la realización de verdades que están más allá del estado de nuestro propio desarrollo. No existe excepción a esto, no existe manera de evitar, evadir o escapar esta verdad metafísica fundamental.*

*Cualquier esfuerzo por forzar condiciones que el individuo no amerite entra dentro del encabezamiento de Magia negra o hechicería. Un hechicero es simplemente una persona que utiliza los procesos mecánicos de la voluntad en un esfuerzo por forzar las cosas o condiciones que no se merece bajo la ley del Karma. Mediante la hipnosis, mediante el ejercicio de la fuerza de voluntad, mediante fórmulas, a veces es posible temporalmente, aquí en el mundo físico, forzar la apariencia de condiciones injustificadas. Un hombre puede robar por medios metafísicos de la misma forma en que podría robar un banco o falsificar un nombre, o de alguna otra forma dañina tomar posesión de lo que no es suyo, pero el mero hecho de que se puede obtener de tal manera no justifica el proceso ni justifica el principio incorrecto implicado. Por el uso malicioso de la fuerza de voluntad y el magnetismo animal, la ley de causa y efecto aparentemente puede ser anulada por un corto tiempo. Pero, de nuevo, el mero hecho*

*de que se pueda lograr no establece la integridad de tal proceso. La única forma en que cualquier individuo puede poseer honestamente lo que él desea es ganar o merecer aquella cosa. De nuevo no hay excepciones. Cuando un metafísico se pone de pie y te dice que tiene un camino privado con el universo por el cual puede justificar el mal uso del poder, solo la gente muy insensata le prestará atención. La magia negra no es filosofía más que el robo a un banco es ética. Si todo el problema se eleva a un nivel metafísico, las mentes no entrenadas son muy aptas para perder de vista los valores y las proporciones. La magia negra metafísica ha florecido durante muchos miles de años, puesto que siempre ha habido y seguirá habiendo durante un período de tiempo indefinido una clase de personas que desean poseer sin la labor de adquirir por medios legítimos. Nadie puede ser moralmente honesto y, al mismo tiempo, pretender ser espiritual o filosófico.*

*Por otro lado, sería erróneo decir que los esfuerzos espirituales del hombre, cuando se dirigen con sabiduría y honestidad, no se recompensan de una manera totalmente adecuada. La razón por la cual la mayoría de los metafísicos no son recompensados por su metafísica es porque están siguiendo líneas de pensamiento erróneas y no merecen recompensa. Hombres como Platón, Sócrates y Aristóteles han sido recompensados por su integridad no solo por la seguridad filosófica durante los períodos de sus vidas, sino por los generosos elogios de la posteridad que recordara sus nombres y obras hasta el fin de los tiempos. La grandeza puede ser desconocida en su propio tiempo, pero sobrevive como un monumento para sí misma y para quienes la alcanzan. Había muchos hombres brillantes entre los atenienses cuyos nombres no habían sobrevivido hasta este siglo, porque la medida de su logro era demasiado baja para ser considerada como una contribución al bienestar eterno del hombre. Los políticos, los diplomáticos, los príncipes, los ricos, los orgullosos y los pomposos que fueron importantes y venerados en sus propios tiempos no encuentran lugar en la memoria del hombre. Las edades buscaban valores. Lo que es real recibe en última instancia la aprobación de la raza. Por lo tanto, podemos decir que la sabiduría otorga seguridad al individuo mientras vive, lo protege en el mundo invisible al que va,*

y otorga la inmortalidad a su nombre en el mundo que deja atrás. ¿Qué más puede desear la persona de mente razonable que las cosas buenas que hace vivan después de él, para merecer y recibir la gratitud de la humanidad? La sabiduría otorga una seguridad mucho más allá de la riqueza, da paz interna y paciencia externa. Aclara la mente de innumerables valores falsos que saturan el razonamiento de la mayoría, libera el pensamiento para contemplar lo real. La filosofía premia a los hombres con una moneda propia, les da lo que han ganado y lo que el mundo no puede quitarles. La sabiduría es su propia recompensa y aquellos que la poseen nunca pueden ser humillados, empobrecidos, o degradados. La sabiduría no es de este mundo, sino del mundo secreto subyacente. Las recompensas de la sabiduría no son de ese mundo, sino de aquel lugar secreto que es la morada de la sabiduría. Los sabios se retiran del mundo para habitar en la presencia de la verdad y con esto logran el fin racional para el cual la estructura humana fue ideada.

Así no podemos decir que la búsqueda de la verdad es toda una lucha sin resultado, puesto que con cada pequeña ganancia que obtenemos dentro de nosotros mismos hay una extensión apropiada de la conciencia y la iluminación en nuestras naturalezas. Lo único es que debemos aprender a no pensar en la filosofía en términos de dólares y centavos, de bienes raíces y de hipotecas. La filosofía no nos paga en dólares porque no son del mundo de la filosofía. El hombre tiene una idea errónea de que al desarrollar la conciencia puede convertirse en uno de los príncipes de la tierra, poseyendo todas las cosas materiales y un objeto de admiración universal. Si un hombre desea mejorar su negocio, en lugar de estudiar la religión, que estudie los métodos de negocios. Existen instituciones en todo el país que se adaptan a los hombres para una mayor eficiencia en sus diversas líneas industriales, económicas y comerciales. Uno no estudia filosofía para convertirse en vendedor, uno estudia ventas. Las cosas que pertenecen intrínsecamente al universo material deben dominarse en el plano material, con fuerza material y medios materiales. La religión no es un súper-arte de ventas, ni es un sustituto para el médico, el dentista y el tendero. El trabajo de la religión es dar al hombre

carácter interno, no opulencia externa. A menudo se deduce que las condiciones materiales del hombre son mejoradas por su religión, pero también a menudo sigue que materialmente sigue siendo una figura insignificante. Es un terrible error usar medios espirituales en un esfuerzo por lograr fines materiales. Es una prostitución evidente de aquello que es demasiado fino y demasiado noble como para ser pervertido y contaminado de esta manera. El metafísico de mente honesta debe evitar, como lo haría con la plaga, los profesores y las enseñanzas que le prometen la libertad de las responsabilidades físicas de la vida y la famosa psicología de los extravagantes años veinte "paz, poder y abundancia".

Ha sido nuestro sincero deseo en la preparación de estas cartas el traerles un resumen práctico de los problemas de la vida espiritual, particularmente como estos problemas afectan al principiante que debe buscar la verdad a través de una de esas sectas discordantes que conforman el campo metafísico-religioso de hoy. Puede ser una decepción para algunos darse cuenta de que la religión como aforismo o perogrullada no es un sustituto para vivir, trabajar y pensar, pero este descubrimiento finalmente debe hacerse, y una vez hecho, se convierte en la estrella guía en la búsqueda de valores reales y permanentes.

Si tan solo pudiéramos restaurar algo de la dignidad y la belleza de la religión antigua. Si tan solo pudiéramos recuperar aquel tiempo antiguo en que los grandes filósofos y sus discípulos deambulaban por los caminos del mundo, enseñando las glorias del universo y las maravillas del ser interno. Atrás quedaron los nobles maestros de aquel tiempo antiguo. Solo sus sombras han descendido a nosotros, algunos fragmentos de sus palabras, una historia, una fábula. Son estos los únicos que nos unen a las grandes instituciones filosóficas del pasado. Vivimos en una generación material y nuestras mentes se han acostumbrado a la idea de interpretar todo en términos de dinero. La riqueza abstracta de la belleza, del sueño, de la visión, de la esperanza y la aspiración, de la ética y la lógica, todo esto está más allá de la apreciación del hombre corriente de hoy. Debemos interpretar todo el conocimiento a través de los canales productivos de la industria o, de lo



contrario, el conocimiento parece muy remoto, abstracto e impráctico. La psicología materialista subyacente de la época contribuye mucho al fraude religioso. Tenemos la tentación de establecer nuestras teologías en el sistema de beneficios. Confundidos por los estándares de esta generación, tratamos incluso de convertir a nuestros sabios en prestamistas y a nuestros profetas en explotadores. Nos inducimos a creer que los pitagóricos eran pioneros en el campo del súper arte de vender, y que los sabios orientales y los filósofos occidentales estaban desesperadamente preocupados por distribuir la prosperidad entre los no informados.

Debemos construir una interpretación más noble de nuestras creencias o, de lo contrario, prepararnos para ver cómo nuestras creencias se desmoronan con la decadencia de nuestra economía. El mundo entero hoy día está anticipando un período por venir cuando el dinero no será el factor soberano en nuestros pensamientos y vidas. Estamos empezando a darnos cuenta de las limitaciones de la riqueza y que el dinero solo es útil en la medida en que puede contribuir a nuestra oportunidad de mejorar nuestro ser interno. Hoy el dinero puede asegurar el ocio, pero no puede garantizar el uso inteligente del ocio. Puede adquirir educación, pero la educación está en bancarrota en lo que respecta a los valores éticos y estéticos. Lo que todos los hombres realmente buscan es alguna forma de satisfacción interna o tranquilidad que pueda darles valor sobre las circunstancias externas. La filosofía otorga la fuerza de la decisión recta, otorga resistencia a la tentación, y al nivelar todos los extremos de acción, reduce la riqueza y la pobreza a un estado común, elevando únicamente la verdad a una posición de primera importancia. Todos deseamos ser mejores de lo que somos. Hay millones de personas en este país que quieren entender los principios de la vida mística. En sus corazones, estas personas están dispuestas, pero sus puntos de vista están distorsionados por enseñanzas falsas y una comprensión adecuada. Estas personas deben tomar conciencia de que la honestidad es el comienzo de la sabiduría y que sin honestidad no se puede lograr una gran espiritualidad. La honestidad debe tener su inicio en la realización de que no tenemos derecho a nada que no nos hayamos ganado. Además,

que, si por casualidad conseguimos temporalmente a través de los accidentes de la vida material algo que no es legítimamente nuestro debido al mérito, la pérdida final de esta posesión es inevitable. Lo que tenemos debemos usarlo sabiamente, lo que no tenemos lo debemos ganar. Todas las oraciones teológicas de los tiempos juntas no tienen el poder constructivo de una acción noblemente ejecutada o una verdad profundamente realizada. Orar por cosas que no nos hemos ganado es deshonesto; orar para ser aliviado de los males que no hemos dominado es deshonesto; Desear todo lo que no se merece no es filosófico.

Podemos tener dudas sobre a qué culto pertenecer, y podemos dudar sobre qué profesor debemos seguir. La competencia de credos puede dejarnos sobre los cuernos de un dilema, pero de una cosa podemos estar seguros, independientemente de nuestros credos o nuestras vidas: la vida espiritual comienza con la acción recta. La honestidad es el primer paso hacia la verdad. El autocontrol, la tranquilidad interna, el desapego de la posesión, el equilibrio emocional, todas estas virtudes son absolutamente necesarias para la comprensión de cualquier sistema religioso o filosófico. Entonces, si tienes dudas sobre qué dios adorar o qué filosofía estudiar, no decidas tales asuntos de inmediato. Primero, ponga su vida en orden y el fundamento de una vida recta le dará la discriminación para elegir sus creencias de manera honesta e inteligente.

Sinceramente suyo,

